

DEL FOCO A LA INFECCIÓN Montoneros y los movimientos sociales

Lic. Ernesto Salas

“1971 encontró a las organizaciones armadas y de base en una nueva etapa de la guerra: el comienzo de la transición entre el “foco” guerrillero como método y la “infección” generalizada del mismo en el seno del pueblo. [...] surge la necesidad impostergable de crear un puente, un nexo, un nivel intermedio entre las organizaciones armadas y de base, una forma organizativa en la cual se complementen y enriquezcan mutuamente las dos patas de la lucha popular”

Montoneros. Memoria del año 1971

Quisiera comenzar esta presentación cuestionando el concepto general de “Partidos Armados” con el que se titulan estas jornadas, dado que en mi opinión ésta forma de definición de las izquierdas guerrilleras reviste un carácter sesgado. Considero que esto sólo hace referencia a las organizaciones armadas marxistas, quienes colocaban en el centro de su accionar la construcción del “partido”, según el modelo leninista expresado en varios textos y polémicas, pero primordialmente en el *Que hacer* de Lenin¹.

Para el conjunto de las organizaciones armadas peronistas (me refiero al amplio espectro de la izquierda del movimiento peronista, dado que organizaciones armadas hubo también hacia la derecha del movimiento), el concepto de partidos armados no tiene pertinencia alguna pues una de las características fundamentales y que marcan una línea de diferencia con sus pares marxistas es, justamente, la inexistencia del partido como modelo de construcción organizativa.

Ni Montoneros, ni las FAP, ni las FAR, ni ninguna de las otras organizaciones peronistas armadas se propusieron, ni indicaron como central, la construcción de un partido armado, como sí lo hizo el PRT-ERP a partir de su 5º Congreso. Recién lo hicieron los Montoneros, en su tercera etapa, hacia fines de 1975, como explicaremos luego.

Adelanto un argumento: una de las características fundamentales de la izquierda armada peronista fue, centralmente, la de ser la guerrilla del populismo, o de un movimiento nacional popular movilizador². Por supuesto que, siendo una de sus características centrales, ello mismo marcaba los límites a las aspiraciones de las agrupaciones armadas de la izquierda peronista de convertirse en vanguardia revolucionaria de la Argentina, e

¹ Vladimir Lenin: **Que hacer**, varias ediciones

² No creo necesario detenerme a refutar o apoyar las diversas acepciones que el término populismo ha tenido y tiene en los análisis políticos en América Latina. Me basta con que su utilización sea comprensiva de la razón del fenómeno movilizador de amplias capas de la población, tal como hace Ernesto Laclau en **La razón populista**, Buenos Aires, Fondo de Cultura, 2007. También me gratifica la reivindicación del término que nuevamente ha hecho el Departamento de Estado de los EEUU para referirse a algunos gobiernos sudamericanos en este inicio del siglo XXI.

integraba estas aspiraciones a las cambiantes y ambiguas aguas del movimiento nacional peronista, del que se declaraban parte.

Lo que se nos ha pedido es que reflexionemos en esta reunión acerca de la relación grupos armados / movimientos sociales. Un recorrido por los últimos veinte años de producción histórica, respecto tanto del repertorio de acciones de los movimientos sociales como de los estudios acerca de las guerrillas, arroja un resultado al mismo tiempo positivo y un tanto decepcionante en cuanto a la vinculación entre ambos. Cuando Richard Gillespie publicó su ya clásico *Soldados de Perón. Los Montoneros* hacia fines de los `80, recuerdo haber leído un comentario de Daniel James acerca de los propósitos explícitos en el prólogo de su obra. Lo que James le criticaba a Gillespie era que en el inicio de su libro éste se había propuesto hallar la razón por la que “decenas y hasta centenares de miles de argentinos se agruparon tras sus estandartes [de los Montoneros] en los violentos meses de 1973-1974”, o sea, la conversión de los Montoneros en un “movimiento radical nacionalista” con una capacidad impresionante de movilización, pero este propósito desaparecía en el cuerpo del libro a favor de una historia súper estructural de la guerrilla peronista³. En los años siguientes, la mayoría de las investigaciones históricas sobre los movimientos armados abordaron diversos aspectos como el rastreo de los orígenes (aquí se encuentran las mejores descripciones acerca de la relación con los movimientos sociales), crónicas detalladas sobre algunos enfrentamientos armados, evolución de la relación entre los Montoneros y la dirección de Perón, etc., pero sólo en menor medida, y en muchos casos a través de testimonios de participantes, se indagó sobre la organización social y política de las guerrillas y sus vínculos con la sociedad civil. La primera de las consecuencias –tal vez la de mayor gravedad- fue la de que muchos consideraron a las organizaciones político militares o a los partidos armados como aparatos militares especializados, alentando la figura de organizaciones terroristas con que las impugnaban sus enemigos. Una segunda consecuencia, inversa a la primera, ha sido no comprobar el grado de inserción de la guerrilla en la sociedad, dando por supuesto en muchos trabajos que, por lo menos hasta 1973, las mismas gozaban de una amplia popularidad entre la población.

Hay varios trabajos recientes que merecen destacarse, como el de Lucas Lanusse, que desconstruye el mito de origen de los montoneros y aporta algunas pruebas acerca de la relación de los núcleos originarios de la guerrilla con los movimientos sociales, particularmente el movimiento católico posconciliar. Durante muchos años circuló la idea de que el origen de la guerrilla montonera anclaba entre el catolicismo de derecha y el nacionalismo filo fascista. Si Firmenich había sido cadete de la redacción de *Azul y Blanco*⁴ y Fernando Abal Medina era el hermano de su hermano⁵, estaba probada esta relación sin demasiada indagación. No fueron pocos los trabajos periodísticos, e incluso muchos que se declaraban académicos, que repitieron sin dudas esta temeraria afirmación. Sin embargo, había un dato central en la reconstrucción de esta falsedad histórica⁶. Cuando en los meses posteriores al secuestro del general Pedro Aramburu, se hizo pública la autoría del crimen con carteles

³ Richard Gillespie: **Soldados de Perón. Los Montoneros**, Buenos Aires, Grijalbo, 1986.

⁴ La revista nacionalista dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo

⁵ Juan Manuel Abal Medina, luego nombrado por Perón Secretario General del Movimiento Peronista tenía un pasado y un presente ligado a los grupos nacionalistas entre los cuales se contaban contactos militares.

policiales que mostraban las figuras de unos jóvenes católicos de clase media que introducían en sus documentos el “Dios se apiade de su alma”, la novedad absoluta de este descubrimiento generó una serie de suspicacias que han alimentado hasta el día de hoy una gama de fantasías que nada tienen que ver con la reconstrucción de aquella historia. El trabajo de investigación de Lanusse desmonta estas arbitrariedades y nos sitúa correctamente en la reconstrucción de los movimientos sociales en los que se insertan los orígenes de los futuros montoneros, devolviendo cierta racionalidad a los procesos históricos. En definitiva, explica como algunos de los desarrollos del movimiento social argentino en la década de 1960 hicieron posible la emergencia de grupos armados, y que ellos fueron una de sus tantas consecuencias. Las guerrillas peronistas, entre ellas los Montoneros, que fue con el tiempo la más relevante, abrevó en aquellas turbulencias. Tengo una observación, sin embargo, a las conclusiones del trabajo de Lanusse. Él supone que “...esa historia puede interpretarse en buena medida de acuerdo a la lógica del surgimiento y desarrollo de los “movimientos sociales” y la generación de una vanguardia política”. Los Montoneros no fueron esa vanguardia política aunque, como muchos otros, lo pretendieron. Luego afirma que las modificaciones introducidas por la organización en 1972 fueron la causa de “su ascendente incidencia dentro de importantes sectores de los diferentes frentes de masas”. Lanusse pretende resolver con ello el planteo de Gillespie quien observa que los Montoneros promovieron el aspecto guerrillero del movimiento peronista dejando las actividades políticas a los restantes sectores del Movimiento. En realidad es posible marcar varias etapas –y con ello adelanto el argumento-, la primera, hasta 1971/1972, clandestina y foquista, para luego, en una segunda instancia, abordar la cuestión política que les imponían los efectos –la infección- del “ejemplo” armado que habían desarrollado.

Aunque no han formado parte de una investigación sobre los grupos peronistas, las indagaciones sobre los grupos armados –en este caso particularmente del PRT-ERP- de Alejandro Schneider y Pablo Pozzi, han aportado decenas de entrevistas a actores destacados de aquella experiencia con el objetivo explícito de entender la relación entre la guerrilla y la clase obrera. Pese a ello, sus conclusiones, expresadas en el libro **Los setentistas**⁷, en su afán por descubrir la influencia de la izquierda en el movimiento social de fines de los sesenta, excluyen de dicha categoría todas las expresiones que no coincidan con los parámetros que ellos fijan para la misma. El resultado no deja de ser estimulante para el debate ideológico, pero resulta un tanto decepcionante para el análisis histórico.

En concreto, poco sabemos aun sobre la inserción de los militantes en las fábricas, sobre el desarrollo en los diferentes frentes de los activistas sociales y las formas de vinculación de éstos con las guerrillas, las experiencias en las provincias, en los barrios, la inserción y desarrollo del activismo social y político, de sus opiniones acerca del accionar guerrillero; y todo ello para los vertiginosos años del “tiempo rápido” entre mediados de los

⁶ Entre tantos otros ensayos se destaca el de Juan José Sebrelli: **Los deseos imaginarios del peronismo**, completar

⁷ Pablo Pozzi y Alejandro Schneider: **Los setentistas. Izquierda y clase obrera 1969-1976**, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

60 hasta el golpe militar de 1976. Muchas veces, o sabemos del movimiento social o sabemos de los grupos armados.

Me gustaría finalmente señalar un par de trabajos que han abordado específicamente la relación de las organizaciones con los movimientos sociales. Para el estudio de la demanda de las diversas expresiones sociales del peronismo juvenil asentadas en los barrios populares de integrarse a Montoneros y las características de dicho proceso, resulta indispensable la investigación de Horacio Robles⁸, quien indaga dicha relación para la ciudad de La Plata y sus alrededores. En cuanto a la capacidad de los Montoneros de insertarse efectivamente entre las organizaciones de los trabajadores y las formas que adquirió ese vínculo en las fábricas y respecto del movimiento obrero, es esencial la investigación de Federico Lorenz sobre la militancia de los trabajadores navales de la zona norte de la ciudad de Buenos Aires⁹.

Para entrar directamente en tema, podemos aplicar algunos de los no tan recientes avances de la sociología en la indagación de los llamados movimientos sociales para observar las guerrillas en Argentina. Creo que es posible hacerlo en dos direcciones o perspectivas diferentes. La primera, considerando a las organizaciones político militares en sí mismas como emergentes posibles de los movimientos sociales y, la segunda, considerando sus relaciones en una línea de tiempo con movimientos sociales de la época, particularmente, pero sin excluir, con las organizaciones de la clase obrera y su movimiento social, el sindicalismo peronista. El objetivo de esta presentación es, precisamente, esta indagación respecto de la principal organización guerrillera peronista de la época, los Montoneros.

A la explotación social de los trabajadores se sumó, desde 1955 para el peronismo -y desde 1966 para el conjunto-, la prohibición de política, la oclusión de las formas de participación contempladas en la institucionalidad democrático burguesa. Durante aquellos años se profundizaron las formas del orden dictatorial y el conjunto de las prácticas represivas que ya abundaban en el pasado. Tal como han formulado algunos de los teóricos contemporáneos de los movimientos sociales¹⁰, los ámbitos de la política en tiempos de represión generalizada, se instalan y desarrollan en la llamada sociedad civil con la demanda central de acabar con la tiranía. Los movimientos sociales que emergen en torno a esta movilización desarrollan redes organizacionales, partiendo de experiencias locales, que se apropian de la capacidad de organizar la protesta social y política negada en el sistema formal. Estas redes informales son de diverso tipo, pero para el caso que nos ocupa, o sea los Montoneros, surgen y se desarrollan desde dos campos diferentes: en primer lugar, del amplio espectro de la militancia católica movilizada por los cambios operados como consecuencia del Concilio Vaticano II¹¹; y, en segundo lugar, por la valoración de la experiencia peronista de varios grupos de procedencia marxista. A ello debemos agregar la influencia de la revolución cubana, las guerras de liberación anticoloniales y algunas ideas centrales del materialismo

⁸ Horacio Robles: "FAR y Montoneros son nuestros compañeros. Activación y radicalización política de la JP platense y su articulación con Montoneros (1970-1973)". Ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008.

⁹ Federico Lorenz: **Los zapatos de Carlito**, Buenos Aires, Norma, 2006.

¹⁰ Ver Ingo Bultmann y otros: **¿Democracia sin movimiento social?**, Caracas, Nueva Sociedad, 1995.

¹¹ Vease Lucas Lanusse: **Op. Cit.**; Gustavo Morello: **Cristianismo y revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina**, Córdoba, Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2003.

histórico como marco de acción. Pero la característica fundamental de ambos conjuntos fue su opción de desarrollar las luchas antidictatoriales y de liberación desde una diferente comprensión del movimiento peronista, al que calificaron como movimiento de liberación, tanto nacional como social.

Qué tipo de emergente del movimiento social son las guerrillas peronistas es una pregunta que no tiene una única respuesta. Ello es así porque su historia es cambiante. En el corto lapso de menos de una década se suceden vertiginosos cambios en la relación entre las organizaciones armadas y la política, entre las organizaciones armadas y la sociedad civil de donde emergen, y los cambios en la relación entre estas y la dirección de Perón. Para ello debemos hacer algunas deconstrucciones.

Las guerrillas argentinas surgidas hacia finales de los años sesenta son guerrillas situadas. Con ello me refiero a que se desarrollan en un momento especial en el que los repertorios de las acciones colectivas de los movimientos sociales se encuentran en franca expansión. Particularmente las explosiones sociales expresadas en insurrecciones urbanas, que se explican mejor a través de los actores que las realizan. En primer lugar, los cambios que se vienen produciendo desde comienzos de la década al interior del movimiento secundario y universitario. Nunca, desde las jornadas de la reforma universitaria y desde aquel momento hasta el presente, el movimiento estudiantil volvería a representar el papel central que le cupo en aquellas jornadas que dieron signo al conjunto de la época. El otro actor relevante y ciertamente hegemónico de las insurrecciones y puebladas fue la clase obrera industrial, organizada en el movimiento obrero alrededor de una identidad y una cultura específicas y bastante homogéneas. Si es cierto que la guerrilla poco o nada tuvo que ver con la organización de las puebladas, no lo es menos que, al indagar más profundamente las raíces de los grupos originarios, una serie de acontecimientos previos formaron parte constitutiva de los climas de dicha rebelión popular.

Respecto de las guerrillas peronistas en particular, en una primera aproximación se puede afirmar que, pese a la declarada intención de “representar los intereses objetivos de la clase obrera”, fueron movimientos sociales policlasistas y no necesariamente mayoritariamente obreros. Tal como ya se ha argumentado¹², en el caso de los Montoneros, se parecieron mucho más a las características del movimiento político en el que se insertaron que lo que ellos mismos se animarían a reconocer.

En un segundo término se encuentra la comprobación que a partir de la táctica seguida por los montoneros, en un plazo relativamente breve accedieron a palestras institucionales ciertamente relevantes. El triunfo de Héctor Cámpora en 1973 colocó a la llamada tendencia revolucionaria del peronismo en una posición inmejorable y permitió su acceso a resortes del Estado no previstos apenas dos años antes. Repasemos brevemente. La Tendencia obtuvo doce diputados nacionales propios y un número mayor de legisladores provinciales, acceso a las decisiones fundamentales de gobierno en por lo menos cuatro provincias, el gobierno de las universidades de Buenos Aires, La Plata y otros puntos del país, un crecimiento de la capacidad de movilización mediante el asentamiento del trabajo político territorial, etc. Respecto de éste último debemos fijar la atención en sucesivas indagaciones si

¹² Véase Carlos Flaskamp: **Organizaciones Político Militares**, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2006.

se acepta la hipótesis de que aquí radica el grueso de la inserción social de Montoneros.

Otro aspecto que propongo al debate se refiere a las características de la dirección de las organizaciones político militares. Generalmente quedaron cristalizadas en el grupo fundador y, tal como explicamos respecto de la primera etapa, basada en la capacidad de combate de los cuadros y en la circunstancia fortuita de su supervivencia. Más allá de preguntarse –como hacen algunos- el por qué de la muerte de Carlos Olmedo – un teórico y pensador revolucionario- y de la supervivencia de Mario Firmenich –un burócrata sin demasiado vuelo-, lo relevante es la comprobación de esta estructura de dirección más ligada a la construcción de un ejército – verticalidad, obediencia, velocidad en la ejecución- que a aspectos democráticos de la vida política. En defensa de esta forma de organización se encuentran las dificultades propias de la acción clandestina, lo álgido de la represión, etc., aun cuando la etapa pública de la organización amplió los campos de la dirección sin modificar nada en lo esencial.

La principal característica de las guerrillas en los primeros tiempos fue la clandestinidad de los militantes y las estructuras. El argumento para ello fue que la principal forma de lucha, la que permitiría la derrota del enemigo y la construcción de la victoria revolucionaria, era precisamente la organización de la vía armada para el acceso al poder. La primera consecuencia de esto fue que los militantes que hicieron suya la opción de la guerrilla se apartaron de la militancia visible y abandonaron las redes que frecuentaban. La segunda fue que, pese a valorar todas las formas de la política de masas, estas pasaban a un segundo plano dado que la suma de todas no permitía la construcción de la revolución y por lo tanto debían ser subordinadas a la construcción de la lucha armada.

Lo que la clandestinidad de los militantes construía con claridad para estos primeros tiempos no era la figura del militante revolucionario sino la del conspirador. De hecho, ella es una figura bastante conocida por la literatura de izquierda de todos los tiempos.

Los militantes católicos de los grupos originarios de los Montoneros abandonaron su militancia visible entre 1968 y 1969 y se prepararon para la construcción de la vía urbana de la guerrilla¹³. En “Sociología de una revolución”, Franz Fanon narra la historia de un militante del FLN que regresa a su casa la misma noche en la que las radios de Argel informan que ha habido un atentado de los grupos independentistas en la ciudad francesa. Están en la cama y su mujer le reprocha que él no participa en la resistencia, qué cómo puede ser que siga haciendo su vida como si nada, cuando los patriotas mueren por las calles. Hay cierta humillación en el reclamo. El hombre se da vuelta en el lecho hacia su lado pensando que, aunque él haya sido el autor del atentado de la radio, nada le dirá. La clandestinidad la protege y lo protege. Este es un relato conocido por miles de militantes argentinos. Pero lo central aquí es que esta figura del conspirador, estas “nuevas” formas de la lucha no se desarrollan al mismo tiempo que otras y en el mismo nivel, sino que la vía armada reclama la subordinación de todas las otras formas de lucha social y

¹³ Considero que ello fue así, pese a que en muchos textos, por ejemplo el de Lanusse, se intente una figura contraria. Tal vez lo correcto sea pensar que aunque no abandonaron sus relaciones primarias, se especializaron en el desarrollo de la vía militar de tal manera que ya no se involucraron directamente en el trabajo político, aunque mantuvieran los contactos con los viejos compañeros.

política: es el fundamento de la construcción del concepto de “vanguardia”¹⁴. Un delegado de fábrica, un organizador universitario, el más lúcido de los intelectuales, es más útil, más revolucionario, si afronta el desafío de jugarse la vida con el fusil en la mano que activando entre las masas. Este significado de última instancia tiene sus figuras centrales: Camilo Torres, el Che; y, a la brevedad, los propios mártires: Emilio Maza, Fernando Abal Medina, Gustavo Ramus, etc.

Pero en el tramo que va desde 1970 a fines de 1972, el foco logra su efecto. Aunque no es este el lugar para debatir acerca de las opciones políticas que toma Montoneros respecto de las otras “orgas” peronistas, su aceptación de la táctica eleccionaria de Perón –que provocaba suspicacias en otros grupos- dio sus frutos en cuanto a acumulación de voluntades militantes en la segunda mitad de 1972. La fuga del penal de Rawson y el posterior asesinato de militantes en la base Almirante Zar de Trelew, el regreso de Perón y el inicio de la campaña electoral abrieron una nueva etapa en la relación de Montoneros con los movimientos sociales. Ya desde 1971, la dirección de Montoneros se planteaba qué hacer con el efecto de su política armada, con la “infección”¹⁵.

Durante la campaña electoral se produjo la fusión de los *Descamisados*¹⁶, del *Ejército Nacional Revolucionario* y otros grupos menores, y avanzó la fusión con las *Fuerzas Armadas Revolucionarias* que se efectivizaría en 1973. Son varios los relatos acerca del pedido de ingreso de cientos de agrupaciones territoriales y universitarias, unidades básicas juveniles, agrupaciones obreras y de trabajadores de cuello blanco. En poco tiempo, Montoneros daba muestra de un trabajo político creciente en agrupaciones de trabajadores, entre las mujeres, organizando a los inquilinos y los villeros, entre los universitarios. Recibió la adhesión de la militancia de las ligas agrarias en el nordeste y organizó una agrupación de discapacitados. La organización llamó a este momento “el engorde”. Este crecimiento provocó una reformulación profunda de las orientaciones políticas necesarias para afrontar la nueva etapa.

La época más plenamente política de la organización se desarrolló desde el momento en que Montoneros decidió participar en la campaña electoral hasta la proscripción, hacia fines de 1975, del Partido Auténtico. A partir del desarrollo de nuevas formas organizativas como las UBR¹⁷,

¹⁴ Por supuesto, ello es más complejo y aquí se simplifica un poco. He tratado este tema en “El errático rumbo de la vanguardia montonera”, *Lucha Armada* n° 8, año 3, 2007.

¹⁵ Ver el documento montonero “Memoria del año 1971. Informe especial”, en Roberto Baschetti: **Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular**, Buenos Aires, De la Campana, 1995, Pág. 363. Ver la investigación de Horacio Robles: Op. Cit.

¹⁶ Respecto de los *Descamisados*, Richard Gillespie ha dejado impreso un error que se ha repetido insistentemente en trabajos posteriores a los del historiador inglés. En su ya conocido libro sobre los Montoneros, atribuye la formación de los *Descamisados* a la fusión de grupos provenientes de la Democracia Cristiana (Habegger y Mendizábal) con el grupo de Dardo Cabo. Gillespie afirma que el Ejército Nacional Revolucionario (ENR) que asesinó al líder metalúrgico Augusto Timoteo Vandor era una formación clandestina de *Descamisados*. Ello es incorrecto, en realidad son dos grupos diferentes, *Descamisados* y el ENR, sin que ninguna prueba testimonial o documental hasta el momento haya establecido que tuvieran algún vínculo.

¹⁷ Las UBR (Unidades Básicas Revolucionarias) fueron estructuras de conducción, intermedias entre las agrupaciones sociales y políticas y las estructuras de combate (UBC-Unidades Básicas de Combate). A partir de un posterior crecimiento se crearon las UBA (Unidades Básicas de Aspirantes). A partir de esto, en la práctica, la conducción de una agrupación estaba a cargo de un “aspirante”, y el responsable de un ámbito UBA era un miembro de las UBR. A su vez, la conducción de un ámbito UBR recaía en un

intermediarias entre la conducción y las agrupaciones de los frentes de masas, Montoneros dio un paso decisivo en su intento de aprovechar la “infección” que percibía entre los militantes políticos a los que su práctica armada había entusiasmado al punto de referenciarse en su proyecto. El primer dato indicativo de ello fue que la capacidad de movilización de Montoneros creció de manera impresionante durante el período. Las columnas que fueron a recibir a Perón el 17 de noviembre de 1972, la movilización de recursos durante la campaña electoral, la convocatoria del día de la asunción de Cámpora el 25 de mayo, las columnas multitudinarias del 20 de junio en Ezeiza, la marcha a la residencia de Gaspar Campos y la multitud reunida el 1º de mayo de 1974, son prueba eficiente de ello. El aumento de la capacidad de reclutamiento en todo el período fue constante, incluso condujo a cierto exitismo que impidió un análisis más sereno respecto del enfrentamiento interno y el aislamiento al que eran sometidos por otros sectores del movimiento peronista y por la propia dirección de Perón. Lo cierto es que, pese al crecimiento sostenido de su influencia en los diferentes frentes políticos, Montoneros era una más de las organizaciones que pujaban en el gobierno peronista. En un documento de septiembre de 1973¹⁸, presentado en forma de conversación de Mario Firmenich con las bases, la organización, pese a su conocida postura pública en la que afirmaban que Perón estaba aislado del pueblo y que la política central era “romper el cerco”, admitía que ya sabían que la política de Perón era atacarlos a ellos para unir al resto de los sectores peronistas que, sin ser uniformes entre sí, declaraban su enemistad con los Montoneros. El camino de la radicalización política los había convertido en blanco deseable y en factor de unidad del resto de sus adversarios. Hacia fines de 1973, los mismos montoneros afirmaban que habían sumado demasiados enemigos. El sinceramiento de septiembre de 1973 al que hacemos referencia es un documento relevante de la organización dado que sus planteos se realizan en el momento culminante de su acumulación de poder político. Los Montoneros afirman que: 1) conocen la disposición de Perón de enfrentarlos y utilizarlos como prenda de negociación con el resto del movimiento; 2) aunque afirman que lo determinante del movimiento de liberación es la figura de Perón, reconocen que el proyecto de socialismo del líder no es el de la organización; 3) reconocen la contradicción de plantearse como la “vanguardia” si la dirección la tiene Perón; y 4) plantean, en el momento de la política, que pese a ello “la única acumulación de poder válida es la del poder militar”.

Sin embargo, en el mismo momento, los frentes políticos de Montoneros seguían gozando de cierta aceptación entre la sociedad civil y los militantes desarrollaban sus trabajos solidarios en un marco de simpatía, aunque no exenta de cierta prevención respecto de lo peligroso que podía ser adherir plenamente a la izquierda del peronismo. No creo necesario aquí recrear en una narración los diversos acontecimientos de la etapa, particularmente el enfrentamiento creciente entre Perón y los Montoneros (desde Ezeiza, pasando por el asesinato de Rucci, hasta el 1º de mayo de 1974), pero me interesa remarcar la fidelidad de la conducción montonera a la concepción de que no existe cambio sin revolución armada, que los enemigos del pueblo no se

combatiente de las UBC.

¹⁸ “Charla de la Conducción Nacional ante las agrupaciones de los frentes – 1973”, en Roberto Baschetti: **Documentos 19373-1976 (Volumen 1). De Cámpora a la ruptura**, Buenos Aires, De la Campana, 1996, pág. 258.

retirarán del poder sin el ejercicio de la violencia popular. Si recordamos que ello fue el fundamento de las organizaciones para promoverse como la “vanguardia” de la lucha antidictatorial, el tiempo de la acumulación política, incluso el de la propia, permanecía subordinado a la espera del enfrentamiento militar. La organización debía saber como regular esos tiempos y pensar en todo momento el aspecto estratégico que era la construcción de una fuerza militar, un ejército popular. Desde esta perspectiva, la relación con el movimiento social ampliaba la esfera de la popularidad de la política montonera y preparaba la retaguardia y el reclutamiento de los futuros combatientes. Sin embargo, como he afirmado, por lo menos hasta el golpe militar, las estructuras políticas de la organización desarrollaron, con diversa suerte, trabajos políticos en los que se imbricaron con el movimiento social existente o generaron ámbitos de organización inéditos. Son aquellos militantes que en el prólogo de Ernesto Sabato al *Nunca Más* se citan como idealistas comprometidos y solidarios que recorrían las barriadas humildes y las villas miseria con sus trabajos de ayuda y colaboración, los *perejiles*.

Sin embargo, a raíz de alguna de sus políticas, Montoneros sufrió algunos conflictos internos. El asesinato de José I. Rucci y el enfrentamiento creciente con Perón provocó la ruptura en los primeros meses de 1974 de la llamada *JP Lealtad*¹⁹, aunque ello no significó un decrecimiento de la capacidad de reclutamiento de la organización. Los disidentes, plagados de contradicciones, y unidos por un tiempo en su común aceptación del liderazgo de Perón, no constituyeron una fuerza política significativa y se diluyeron.

Hacia fines de 1974, cuando ya la organización había decidido el pase a la clandestinidad, y las agrupaciones de superficie sufrían el hostigamiento violento de la “Triple A”, Montoneros se planteó la construcción de un partido para disputar la identidad peronista e incorporar de manera amplia a todos los militantes y dirigentes, disconformes con la orientación derechista y autoritaria del gobierno de Isabel Perón y López Rega. Me interesa resaltar el conjunto de las acciones de Montoneros durante el año 1975, señal de una ambigüedad que se va evidenciando en la tensión entre una política de masas que acrecienta la relación y la presencia militante en los movimientos sociales y políticos y la organización de una fuerza militar combatiente desde las agrupaciones. El pase a la clandestinidad de fines de 1974 no significó el abandono de la presencia en los barrios, las fábricas, las universidades, etc., sino que, en un primer momento, la hizo menos pública eliminando los blancos expuestos al accionar de las bandas paramilitares (especialmente los locales abiertos). Por lo que este repliegue no implicó el retiro de los militantes de los frentes. A mediados de 1975, el Partido Auténtico se promovía y desarrollaba como una fuerza legal amplia para la disputa política de la identidad peronista. Al mismo tiempo, numerosas agrupaciones de la Juventud Trabajadora Peronista impulsaron con cierto éxito la formación de coordinadoras de base regionales con otras fuerzas de izquierda no peronistas para oponerse a la

¹⁹ “De resultados de estas nuevas rupturas surgieron la JP -Lealtad, la JUP Lealtad, la UES leal y la organización “Montoneros Soldados de Perón” junto con multiplicidad de JP del interior que rechazaron las conducciones zonales de la JP-Regionales. La “Lealtad” no fue ni el primero ni el único desgajamiento de la tendencia pero sí el único que intentó dar una respuesta a la encrucijada política rescatando el proyecto de Perón por considerarlo más abarcador, social y políticamente.” Norberto Ivancich y Mario Wainfeld: El gobierno peronista 1973-1976: los montoneros (tercera parte), en *Revista Unidos*, Año 3, N° 7/8, diciembre de 1985, reeditado en *CUADERNOS ARGENTINA RECIENTE*, N° 2, junio de 2006.

política económica del gobierno, lo que desembocó en las importantes concentraciones de trabajadores de julio de 1975, que obligaron a Lopez Rega abandonar el país²⁰. Sin embargo, en el mismo momento, a los seis meses de iniciada, Montoneros puso fin a la retirada y lanzó la primera campaña militar de la Ofensiva Táctica que permitiría "...preparar la contraofensiva, creando las condiciones materiales en lo político, militar y organizativo, para comenzar el contraataque contra el enemigo, limitando progresivamente su capacidad de maniobra y acumulando las fuerzas populares necesarias para ese momento."²¹ Las consecuencias de las dos campañas militares de la Ofensiva Táctica montonera de 1975 sobre las agrupaciones sociales y políticas de la organización han sido explicadas en otro artículo²². El objetivo estratégico expresado en la construcción de "poder militar propio" puso a los militantes frente a al disyuntiva que les planteaba la organización. Ella afirmaba que, frente a la posibilidad de un golpe militar represivo, las acciones de las agrupaciones en los barrios y las fábricas se verían imposibilitadas, los ámbitos de la política pasarían a un segundo plano y, por lo tanto, los militantes debían asumirse como combatientes del ejército popular, sin abandonar los frentes. En la práctica ello resultó imposible. Los militantes se vieron entre la vida y la muerte²³.

Hubo dos momento clave en la relación de Montoneros con los movimientos sociales. Uno comienza y otro cierra el ciclo. Sin contar su propia emergencia como parte del desarrollo de los movimientos sociales de los sesenta, a principios de la década del setenta Montoneros recibió la afluencia de miles de militantes sociales y políticos dispuestos a encolumnarse en lo que veían como la síntesis del imaginario social de los explotados, expresado en la unión de la identidad peronista y las aspiraciones revolucionarias y libertarias que recorrían el continente. Pero ese crecimiento se produjo en el marco de las contradicciones del propio movimiento peronista del que formaban parte. Sin embargo, durante los cuatro años que van desde 1971 a 1975, las agrupaciones de base de los Montoneros se imbricaron con las construcciones organizativas del movimiento social que les dio origen o crearon instancias organizativas nuevas con una dinámica impensada desde los grupos originarios. Aun cuando se requieren investigaciones puntuales acerca de esta relación para cada caso, y aun en el supuesto de que ellas provean una mirada diferente acerca de este fenómeno, esta descripción general de la influencia y extensión de la política montonera no perderá el significado de hacer más compleja la relación de las guerrillas con diversos ámbitos de la sociedad civil.

En la segunda mitad del año 1975, al hacer el balance de las huelgas y movilizaciones contra el Plan Rodrigo, Montoneros y otros sectores de la izquierda observaron que por primera vez la clase trabajadora argentina había enfrentado a un gobierno de signo peronista. La conclusión a la que arribó la organización fue que existía una intensa crisis de la identidad política popular y

²⁰ Para este estudio de caso hay abundante bibliografía. Ver Héctor Löhbe: **La guerrilla fabril**, Buenos Aires, RyR, 2007; Ruth Werner y Facundo Aguirre: **Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1975**, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2008.

²¹ MONTONEROS. "La Resistencia Peronista ataca – Fundamentos de la Ofensiva Táctica", *Evita Montonera*, N° 2, enero-febrero de 1975. En: BASCHETTI, Roberto: **Documentos 1973-1976, volumen II. De la ruptura al golpe**, La Plata, ediciones de la Campana, 1999, Pág. 397.

²² Ernesto Salas: "El errático rumbo de la vanguardia montonera", en *Lucha Armada*, año 3, n° 8, 2007.

²³ Para una reconstrucción de esta encrucijada en un caso particular, ver: Federico Lorenz: **Los zapatos de Carlito**, Buenos Aires, Norma, 2006.

que ello abría posibilidades para una política de reemplazo del peronismo por una identidad superadora: el montonerismo. Como explico en otro lugar²⁴, la consecuencia del abandono de la idea que hacía centro en la organización política condujo a un nuevo cambio en las estructuras montoneras. Si el paso de la clandestinidad a la política había implicado el reacomodamiento de las estructuras para poder absorber la “infección”, la adopción de la estructura de un partido revolucionario de cuadros los preparaba nuevamente para la estrategia de la “guerra integral” y, aunque en los documentos se hiciera hincapié en la necesaria inserción en el movimiento de masas, en la realidad se consolidaba un fuerte militarismo que era definido como objetivo estratégico²⁵.

A partir de 1976, La intensa represión de la dictadura militar sobre los territorios y las fábricas impuso un terror desconocido hasta entonces y aisló a la población del nexo que significaban las agrupaciones de base. Si al principio, el reflujo de la actividad social no fue generalizada, y en muchos lugares decenas de agrupaciones intentaron una resistencia, la desaparición de miles de militantes en los primeros dos años condujo a los sectores afectados a la búsqueda de espacios mucho más seguros a la espera de un aflojamiento de la situación. El terrorismo de Estado y la respuesta militar que intentó la organización aisló a Montoneros de la población y alentó en sus direcciones una serie de imaginarios que nada tenían que ver con un análisis serio de la situación de los movimientos sociales y la identidad popular. Al suponer que la identidad peronista se diluía por la defección del gobierno y anticipando la incapacidad de los dirigentes sindicales y políticos de enfrentar la dictadura, la dirección montonera creyó que la mera resistencia armada encabezada por la organización volvería a atraer a los sectores más activos de la sociedad, los que reconocerían la hegemonía montonera en la conducción y desarrollo de la resistencia. Se volvía al momento del “ejemplo”. Hacia fines de los 70, los movimientos sociales emergentes del terror impuesto por la nueva dictadura, se diferenciaron claramente de la idea de que pudieran confundirlos o acusarlos de connivencia con los Montoneros.

²⁴ “El errático rumbo de la vanguardia montonera”, *Lucha Armada* n° 8, año 3, 2007.

²⁵ Ver Pilar Calveiro: **Política y/o violencia**, Buenos Aires, Norma , 2007.